



**EL HOMBRE  
DE NIEVE**

Jörg Fauser

Blum es un traficante de poca monta que trata de deshacerse de unas viejas revistas porno en Malta. Acosado por la policía para que abandone la isla, logra hacer un trato con un italiano, con tan mala suerte que se las roban antes del intercambio. La búsqueda del italiano le llevará a Múnich, donde hallará dos kilos y medio de la mejor cocaína peruana. Blum no puede creerse su golpe de suerte, pero no le va a resultar tan fácil colocar la mercancía...

## 1

Blum miró el reloj. Ya era la hora. Acabó la taza de café, cogió un mondadientes del palillero de plástico y le hizo una seña al camarero. La suma no era elevada —al cambio apenas cinco marcos—, pero tenía que hacer algún negocio pronto si quería comer caliente la semana próxima. No le gustaba tener que recurrir a sus reservas. Dejó un par de céntimos de propina en el platillo y al salir saludó al encargado con un ejemplar enrollado del *Times of Malta*. Éste estaba jugando a las cartas con la hija del dueño. Un chico listo. Quizá pronto sería un cliente.

La luz era tan fuerte que le cegó durante un momento. Buscó a tientas las gafas de sol y, cuando concluyó que seguramente las habría olvidado en el hotel, vio, junto a un carruaje tirado por un viejo caballo blanco, al coche que llevaba algunos días pisándole los talones. Uno de sus dos ocupantes se bajó y se acercó hasta él. Era un tipo bajito de cabellos negros y vestía una chaqueta de cuero; la clase de gente que nunca olvida las gafas de sol.

—¿Señor Blum?

A pesar de que acababa de beber algo, tenía la garganta seca. Se sacó el palillo de la boca.

—¿Sí?

—Sólo será un momento, señor.

El tipo abrió su cartera y le mostró esa identificación que siempre tiene el mismo aspecto, da igual en qué lugar del mundo te encuentres. Blum notó que empezaba a sudar. Desde la tienda de periódicos le llegó la voz del co-

mandante inglés jubilado. El *Daily Mail* tampoco había llegado hoy.

—¿De qué se trata?

—El inspector Cassar se lo explicará. No es más que una formalidad.

—¿Inspector? No lo entiendo. Soy un turista...

Pero Blum lo entendía muy bien y tenía claro que el policía también. El comandante se dejó convencer una vez más y acabó comprando el *Daily Telegraph*. Blum tiró el pabillo y siguió al policía hasta el coche. Tampoco parecía tener ninguna otra posibilidad a esas horas de la mañana.

## 2

Era un cuarto pequeño y con olor a cerrado, pero así eran casi siempre. Había un ventilador en el techo, aunque no funcionaba. Escasez energética. El inspector había apoyado la silla contra la pared y mantenía su rostro oculto entre las sombras, pero Blum había visto lo suficiente como para saber que no se trataba de un rostro que uno quisiera recordar. El pelo castaño con la raya marcada y una boca de pez que se contraía constantemente. Llevaba un traje oscuro impecablemente planchado. Los dedos que pasaban las páginas del pasaporte de Blum eran musculosos y lucían una manicura perfecta. Esos dedos dejaron el pasaporte a un lado, hojearon una carpeta y regresaron al pasaporte. Tal vez les gustara más ese papel.

—Tiene un visado de turista válido por un mes, señor Blum.

El inspector Cassar hablaba un irreprochable inglés de funcionario. «Un bastardo», pensó Blum, mientras asentía con la cabeza.

—Su visado caduca dentro de tres días.

—Podría renovarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me encanta estar en Malta, por ejemplo.

—Ya lleva bastante tiempo en esta región, señor Blum. Algo muy raro en un turista, ¿no le parece?

—Conozco turistas que pasan años de viaje.

—¿Se refiere a esos que llevan pelo largo, mochilas y guitarras? ¿A los jóvenes? Pero, señor Blum, por favor. Si su

pasaporte no está falsificado, nació el 29 de marzo de 1940. Me resulta difícil creer que pueda considerarse joven.

Blum miraba fijamente a la pared. Una mosca inspeccionaba la foto del presidente. El hombre inspiraba más confianza que el inspector Cassar. Posiblemente ésa era la razón por la que había llegado a presidente.

—¿Puedo preguntarle en qué trabaja, señor Blum?

La voz del inspector seguía siendo la de un funcionario que guardaba las distancias, pero Blum percibió un tono algo más duro.

—Soy empresario, señor.

El policía acercó su silla y volvió a coger la carpeta.

—Ajá. Y ¿a qué negocios se dedica?

—El último fue un negocio de importación-exportación en Berlín.

—¿El último?

—Bueno, los negocios no iban bien, así que le pedí a mi socio que me pagara mi parte para irme de vacaciones durante algún tiempo. Una pausa creativa, como quien dice.

El inspector Cassar se encontraba ahora muy cerca del escritorio y un rayo de luz solar le caía sobre el rostro. Sus ojos eran amarillos. Ojos de fiera. Blum sintió que el corazón se le aceleraba. Apagó el cigarrillo. Tenía los dedos húmedos por el sudor.

—Para ser alguien que se dedica al negocio de importación-exportación usa un vocabulario muy peculiar, señor Blum. «Una pausa creativa». ¡Qué tontería! ¿Quiere que le diga por qué se ha tomado una «pausa creativa»? Porque pertenece a una banda internacional de ladrones de arte y pretenden actuar en Marruecos, en España, en Túnez y ahora también aquí, como hizo en Estambul.

El tono seco de Cassar le recordó a Blum a esos profesores de colegio a los que les gusta abusar de los silogismos. El inspector sacó un cigarrillo de la marca Benson & Hedges y echó el humo por encima del escritorio, hacia la americana de Blum.

—¿En Estambul? No le entiendo...

Cassar golpeó la carpeta con los nudillos.

—Me entiende muy bien, señor Blum. Según la Interpol, en 1969 formaba parte de la organización que robó tesoros antiguos del museo arqueológico de Izmir por valor de más de dos millones de dólares. Entre ellos, la diadema representando los doce trabajos de Hércules...

Blum carraspeó.

—Inspector, permítame que le interrumpa. Ese asunto que menciona no es más que una maraña de viejas infamias que en su momento rebatí claramente ante la Policía de Estambul. Aunque la Interpol aún no se haya dignado a darle carpetazo, tenga en cuenta que no son más que rumores y sospechas completamente infundados. Si mi tiempo no fuese demasiado valioso, procedería contra ellos judicialmente.

Cassar sonrió.

—¿Llevaría a juicio a la Interpol? He de admitir que no le falta valor, señor Blum.

—¡Yo no tuve nada que ver con aquel asunto! ¿Acaso cree que los turcos me habrían dejado ir si hubiesen podido probar cualquier relación con el robo?

—En este momento, lo que hicieran o dejaran de hacer los turcos no me interesa lo más mínimo —la voz de Cassar era ahora cortante—. Si ha tramado algo aquí, en nuestra isla, olvídelo, señor Blum. Un robo de objetos artísticos en Malta no sólo contraviene las leyes de nuestra república democrática, sino también la fe católica del pueblo. Toda una vida no sería suficiente para cumplir la pena que se le impondría.

Arrojó la carpeta con desprecio al interior del archivo. La mosca se cagó sobre la oreja del presidente. Blum se puso en pie.

—No soy ningún ladrón de arte, inspector Cassar.

—Sea cual sea su profesión, señor Blum, no tendrá tiempo de ejercerla aquí. Como ya le he dicho, su visado

caduca dentro de tres días. Yo en su lugar no me haría muchas ilusiones de obtener uno nuevo. Quizá pueda continuar su «pausa creativa» en Italia. Ahí tiene la puerta.

—Me quejaré a mi embajador.

—Allá usted, señor Blum. Pero recuerde que si sigue en Malta una hora después de que caduque su visado, su embajador podrá visitarle en Kordin.

—¿En Kordin?

—Allí se encuentra nuestra prisión, señor Blum.



## 3

Cuando el mosquito entró en el haz de luz de la lámpara, situada sobre la mesita de noche, y pasó zumbando cerca de la pared, Blum cogió una revista porno y lo mató de un golpe. El papel pintado de la habitación del hotel estaba constelado de mosquitos aplastados. Blum limpió la revista contra el cabecero y se la dio al pakistaní, que estaba sentado sobre la cama y que lo observaba con unos ojos que eran más antiguos que Pakistán, tanto como todo lo que ocurre en la oscuridad entre un hombre, una mujer y un mosquito.

—Así es la vida —dijo Blum—, dura, pero justa.

—Una idea interesante —respondió el pakistaní.

Blum sacó la cajetilla de HB del bléiser, cogió un cigarrillo y luego se la ofreció al pakistaní.

—No fumo —respondió éste sonriendo e inclinó la cabeza. A la luz del amanecer su piel parecía aún más oscura. Llevaba un traje verde de viscosa y zapatos de lino sin calcetines. Su pelo largo y grasiento, con algunas canas aquí y allá, coronaba su rostro sin arrugas.

—En eso tiene razón —opinó Blum—. El sexo es más sano —miró el reloj—. De todas maneras, no puedo dedicarle todo el día, mister Wach...

—Haq —corrigió el pakistaní—. Hassan Abdul Haq.

—Por supuesto, mister Haq. Bien, ¿qué le parecen estos productos? No sé si domina la materia, pero comparado con el viejo porno danés, el resto no tiene nada que hacer.

El pakistaní hojeó las revistas y Blum aprovechó para contemplar la habitación. «Categoría D —pensó—, espartano pero limpio». Aquel viejo *palazzo* debía de ser muy agradable en verano, pero ahora, en marzo, el frío acechaba en cada rincón. Y había mosquitos durante todo el año. El pakistaní viajaba con poco equipaje; bajo el lavabo había una pequeña maleta de plástico, dos camisas se secaban en sus respectivas perchas y las revistas y los libros de bolsillo que descansaban sobre la vacilante mesilla no parecían venir de Pakistán. De todas formas, mister Haq tenía una maquinilla Remington y usaba un *aftershave* caro. Blum había viajado con un equipaje aún más ligero y no siempre había tenido suficiente dinero como para permitirse la categoría C.

Mister Haq dejó la revista a un lado, miró a Blum con cierta decepción y dijo:

—Los productos americanos me parecen... ¿cómo se dice...?, ¿más realistas?

Blum apagó el cigarrillo que tenía a medias. En el patio, los turistas comenzaron a cantar y él tenía prisa.

—Querrá decir vulgares. Los americanos son más vulgares. Eso que tiene ahí proviene de una época en la que a la gente aún le gustaban sus semejantes. Imagino que me entiende.

Pero ¿qué le estaba contando a aquel tipo? Seguro que antes de desayunar ya había sodomizado a tres vacas sagradas. Intentar vender porno a los orientales era algo demencial.

—Además, la cuestión es que éstos son los únicos productos que hay en Malta. Si quiere algunos, tendrá que comprar los míos, mister Faq. Y me gustaría decirle una cosa más: los americanos les dejarán tirados si los rusos cruzan el paso Khyber.

—Haq —corrigió impasible el pakistaní—. Hassan Abdul Haq. ¿Ha estado en mi país?

No, Blum no había estado allí y por ahora tampoco tenía ganas de ir. Le bastaba con lo que sabía por los periódicos.

—Quizá estos productos puedan satisfacer a los afganos, pero para mi gusto carecen de todo interés artístico.

Posiblemente Blum pensara lo mismo, pero no se podía permitir darle la razón a un pakistaní en ese aspecto. Cogió una revista y le mostró las chicas.

—Éstos son clásicos, amigo mío. Dinamarca 1968, es como un vino de calidad, ¿sabe lo que es el vino de calidad? Ah, claro, vosotros no bebéis. De todas maneras, en El Cairo me pagarían lo que quisiera, lo que quisiera.

Pero mister Haq no era egipcio, despreciaba a los egipcios por motivos personales y políticos, y 1968 era una fecha que no le decía nada. Las revistas le parecían aburridas, «siempre la misma mujer y siempre el mismo hombre».

—También lo que hacen es siempre lo mismo —replicó Blum—, quizá los chinos conozcan algún truco más, o los indios del Amazonas, pero esto siempre se hace igual, a la manera antigua. ¿Y qué significa eso del interés artístico? ¿Quién quiere encontrar arte aquí?

—Las americanas son más interesantes.

El pakistaní miraba fijamente un punto situado en algún lugar por encima del hombro de Blum. Blum oía el zumbido de un mosquito. «Está esperando a que lo mate —pensó—. Le gusta que le mate los mosquitos. El pakistaní se sienta en la cama y manosea revistas porno mientras el hombre blanco corretea por la habitación matándole los bichos. Puede que le resulte divertido, pero que no cuente conmigo».

—¿Acaso preferiría unas fotos con dos hombres metiéndose el puño en el culo? ¿O se corre viendo cómo una rubia se lo monta con un cerdo? ¿O prefiere el sexo con niños, mister Haq?

Mister Haq miró a Blum como si estuviera meditando profundamente y después dijo:

—Alguien como usted podría serme útil, mister Blum.

Durante un instante breve y molesto, Blum pensó que le estaba haciendo una proposición sexual, pero al poco mister Haq comenzó a hablar de Arabia Saudí. En el patio, tres hombres de voz ronca y dos muchachas de voz chillona entonaban *Guantanamera*. Blum empezaba a necesitar una copa.

—No quiero tener nada que ver con Arabia Saudí, mister Haq. Allí uno va a la cárcel por una botella de whisky. O le dan cien bastonazos en la planta de los pies, así que, por favor...

—Todo lo contrario: con el whisky se puede ganar mucho dinero. Y sólo se castiga a aquellos a los que pillan, mister Blum. Además, piense en el problema de la oferta y la demanda sexual...

Parecía que al pakistaní se le había metido en la cabeza probar suerte con el alemán en Arabia Saudí. Le habló de un aeropuerto que estaba siendo levantado de la nada por especialistas alemanes y jornaleros pakistaníes en medio del desierto: 15.000 hombres en barracas sin mujeres y sin alcohol o, al menos, con una cantidad insuficiente de ambos. ¿Acaso no era ésa una oportunidad de oro?

—Es posible —dijo Blum apilando las revistas—. Pero también puedo salir adelante en El Cairo. Bueno, ¿no quiere al menos un par de éstas? Le haré un buen precio.

El pakistaní parecía estar esperando algo. Blum le complació matando un mosquito más, pero era evidente que mister Haq quería otra cosa. Estaba sentado sobre la cama con las manos juntas contemplando las últimas luces del día.

—Tengo buenos contactos en Yida —dijo quedamente—. Un americano ha hecho una fortuna en tres meses con whisky aguado.

—Quizá le hacía falta —opinó Blum.

—¿Es que a usted no le hace falta, mister Blum?

—No tanto como para meterme en líos con los saudíes.

—Sí, sé que a los alemanes les va muy bien.

—Tengo que irme, mister Haq.

—Disculpe que no le haya ofrecido nada...

—Yo he venido aquí para ofrecerle algo a usted.

—Tome, llévese un poco de chocolate. Es maltes, pero sabe realmente bien...

Al final mister Haq tuvo a bien comprar dos revistas, pero estuvo regateando tanto tiempo por cincuenta céntimos que cuando Blum cerró la puerta tenía un sabor amargo en la boca que no se debía tan sólo a la sed.

## 4

Aunque los negocios fueran mal o le rondara la expulsión del país, Blum siempre se permitía una cena como Dios manda y una visita a algún bar agradable al menos una vez por semana. En Malta había elegido el jueves, que era el día del bufé al curry en el Pegasus Bar del hotel Phoenicia. A Blum le gustaba aquello: un hotel de estilo colonial británico, un bar decorado con imitaciones de armas medievales, la empleada del hotel vestida con *sarong* dedicada exclusivamente al curry, algunos comerciantes de textiles ingleses que repetían de cada plato entre jadeos y unos cuantos turistas americanos que tras el tercer burbon comenzaban a maldecir a su presidente. El dólar había vuelto a hundirse.

Mister Hackensack no criticaba al presidente, aunque tampoco era un turista.

—Soy un americano leal —decía después de encender su Davidoff—, un patriota. Mientras no lo sorprendan vendiendo la cubertería de plata de la Casa Blanca a los rusos, el presidente está fuera de toda sospecha para mí.

Hackensack era un sexagenario corpulento que contenía dificultosamente su enorme figura dentro de unos trajes a cuadros demasiado estrechos y que se ponía sombreros excesivamente coloridos en su tosca cabeza. Las bolsas de carne que formaban su papada y sus mofletes le contraían la boca, de manera que sus labios sobresalían y parecían extrañamente pequeños y delicados. Sus ojos azul claro tenían un brillo opaco y frío bajo las hirsutas cejas blancas. En

los dedos corazón y anular de la mano izquierda llevaba dos ostentosos rubíes engarzados en oro macizo y en su corbata de lunares refulgía un alfiler a juego. Blum había bebido a menudo con Hackensack, pero aquella noche el americano dio a entender por primera vez que había trabajado para el Gobierno.

—¿Estaba en la CIA?

Hackensack sonrió con afectación.

—Antiguamente me hubiese sentido halagado si alguien me hubiera preguntado si trabajaba para la agencia, pero hoy...

—Espero no haberle ofendido. No sé demasiado de asuntos secretos. Mi filosofía es que el saber sí ocupa lugar: en los ataúdes.

Hackensack se rió, pero sólo sus mofletes se estremecieron. Sus ojos no acompañaron la risa. Blum se sentía como si lo estuvieran evaluando, pero los americanos eran así y Hackensack parecía necesitar a alguien con quien poder hablar. Pidió otras dos bebidas. En el Pegasus Bar la industria textil se mezclaba con la del turismo. Los padrinos malteses, vestidos con trajes oscuros, estaban sentados en su rincón, viendo el boxeo por televisión. Blum no pudo reconocer a sus amigos de la Policía. Quizá las dietas del inspector Cassar sólo le alcanzaban para tomarse una limonada junto al kiosco de delante de la estación de autobuses. Empezaron a retirar el bufé. Mientras Hackensack le explicaba por qué el poder no sólo era la sal de la vida sino también su auténtica esencia, Blum buscó a las turistas con la mirada, pero no había ninguna a la que valiera la pena acercarse y la preciosidad del *sarong* estaba flirteando con el cocinero, un alemán enorme de las montañas del Wesel que había cocinado en Saigón para los especialistas en avi-tuallamiento. Hackensack levantó su copa y se aclaró la voz.

—¿Por qué está tan pensativo, Blum? ¿Los negocios van mal o es que alguien le ha levantado la novia?